

**desde la
filosofía**

Vocabularios en resistencia

Ana María Martínez de la Escalera

Cada cierto periodo de tiempo —se sabe— el vocabulario de la vida cotidiana experimenta modificaciones diversas, tanto o más que el de las jergas técnicas en circulación a través de las comunidades de sabios y entre especialistas. Cualquier región de la experiencia puede apropiarse secretamente de signos y códigos y decidir no compartirlos con el resto de los humanos, sólo consigo misma; reproduce así su singularidad y la actualiza introduciendo nuevos significados sobre viejos significantes. Ya se admiraba el viejo estructuralista del desmesurado número de significados que debían encajar en el reducido coto de los significantes. Estas transformaciones se deben en su mayoría al uso de la lengua, y por él a las fuerzas que al entrar en juego durante el intercambio de palabras, gestos y silencios entre los hablantes proponen un nuevo estándar comunicativo. Es preciso que las describamos como fuerzas de intromisión, porque no son puramente lingüísticas, su naturaleza o talante es muy otro; proceden de la economía, de la política y de la academia con sus mandatos o llamados a la irresistible uniformización global de la escritura de ponencias, a la claridad o a la conveniencia de adoptar una terminología *mainstream*. Una activista china se quejaba en un congreso feminista de la imposición de conceptos descriptivos por parte de las colegas europeas que reproducían así las prácticas colonialistas que decían criticar. También, por cierto, las palabras envejecen, se gastan, perdiendo precisión y especificidad en la función referencial y descriptiva: en este caso la fuerza que modifica el discurso es retórica y la operación producida es la catacrexis. Pero el envejecimiento de una palabra nunca es un hecho natural: es producido o inducido por acontecimientos o manipulaciones en los medios globales o mediante el discreto uso del rumor en corrillos, cotos o vedados académicos tan propios del régimen de repartos del saber en nuestras instituciones. Ese ha sido el caso de la expresión "feminismo": ha sido vaciada de referencia, puesta en cuestión, vilipendiada

por propios y ajenos, haciendo un uso irrisorio de la misma en nombre de purezas idiomáticas y políticas. Por ello, estas últimas deben ser llamadas a declarar, deben ser examinadas puesto que su exigencia de claridad no es sino un golpe efectista de sexismo, aún en vigor después de tantos años de supervivencia exitosa de la crítica feminista. Según Nelly Richard, crítica cultural y ensayista, la fuerza de conmoción de la palabra "feminismo" sigue tan vivaz como siempre, razón por la cual ella suele hacer uso discrecional de su poder de incomodar siempre que se enfrenta a un público académico conservador. La mera enunciación pública de compromiso con el feminismo se traduce inmediatamente en un acto crítico contra las sensibilidades regidas por el sexismo excluyente.

Tomaremos en cuenta que en el caso de los vocabularios a través de los cuales se genera y comunica el conocimiento, las actualizaciones del significado responden a factores internos de las propias disciplinas y su comunicación. Michel Foucault dedicó *El orden del discurso* a mostrar esos factores. Por nuestra parte, podríamos hablar de resignificación en resistencia en los intercambios coloquiales públicos o de resignificación normada en el caso de los saberes científicos. Para la reflexión que nutre el debate político al introducir la perspectiva de género, los procesos de transformación del significado y la referencia de los léxicos son sumamente importantes, sobre todo cuando esta reflexión asume el examen crítico de las implicaciones éticas y políticas de los vocabularios del disenso político, sin descontar las prácticas de des-sujetación de los individuos que él mismo produce, y así los ofrece al más amplio debate y a la discusión abierta. Condición insuperable esta última en su calidad interdisciplinaria, del carácter público del debate en el que se esperan razones y argumentos plurales en lugar de la resignación que produce el consenso. De hecho, la apertura resulta una condición incondicional del pensamiento ejercido colectivamente si se la entiende como una práctica que interroga sobre lo oportuno de reescribir las reglas mínimas del debate en cada ocasión para defender la pluralidad y la responsabilidad —la alteridad— que le atañe. En efecto, la condición de apertura introduce la práctica en perpetua y contingente renovación de la interdisciplina, la que rehace el vocabulario utilizado para el intercambio entre saberes y prácticas, entre, por ejemplo, feministas de academia y activistas; intercambio por ende que no busca imponer un orden jerárquico o asimétrico entre las dos esferas y sus agentes, sino que se aprende mediante la utilidad del preguntar, de la práctica de cuestionar las fronteras disciplinares de los saberes, fortificando opciones indóciles

de examen de conceptos y argumentos y de debate. La primera cuestión, esto es el examen, no compete únicamente al significado o connotación del léxico del debate. Tampoco a la corrección de la referencia o a lo adecuado del significante, como por ejemplo en la desperdiciada discusión sobre la pertinencia de la traducción "femicidio" sobre "feminicidio"; aunque nunca está demás poner en claro los elementos de una discusión, siempre que se haga con brevedad y puntualidad. El examen no debe ser confundido con la interpretación de una palabra o discurso, lo que por regla general implica postular una finalidad causal a la expresión y una función privilegiada del lenguaje (ya sea aquella referencial o comunicativa). "Significado" no debe entenderse simplemente como lo que puede predicarse de algo, es decir como un discurso sobre un término, que en principio progresa hacia una meta o función preestablecida. Distinguir la dimensión del significado de una palabra en uso y luego dotarla de existencia autónoma propia crea confusiones, más que resolverlas. Una vez establecida la relación entre significado y significante, su separación sólo consigue deificar la noción en cuestión provocando excesos metafísicos. Las palabras como el ejemplo propuesto de "feminismo" son ante todo palabras, no espejos de cosas o relaciones, sino además pasajes a la acción propios del discurso. En efecto, las palabras actúan sobre y específicamente con y mediante los seres humanos. Se hacen cosas con palabras, cosas sociales, políticas, éticas, singulares o colectivas (Austin 1990; Butler 2006: 281-282, 296, 308). Esto es así porque la palabra no es el elemento de una función semántica, comunicativa o referencial, o más bien, no lo es exclusivamente: la palabra dicha, escuchada o leída sucede como un evento, como algo que tiene lugar y acarrea efectos. Se diría que tiene relación con una secuencia de procesos vinculados más o menos estrechamente por contigüidad en el tiempo y en el espacio. La palabra es, después de todo, actividad, proceso de lo sensible. Es la conmoción que provoca por ejemplo el uso de "feminismo" en un contexto conservador y reaccionario. Proceso de lo sensible que no responde a una finalidad hermenéutica o referencial, sólo a la propia fuerza de realización del discurso, de lo hablado —fuerza que Spinoza llamaba *conatus* y que Nietzsche llamó *voluntad de poder*—. Esta fuerza es una más entre aquellas "espontáneas, atacantes, asaltantes, re-interpretadoras, re-directoras y conformadoras". (Nietzsche: 127) Es una fuerza resignificante. Resignificar no es introducir una causalidad en el discurso sobre el acto o nombre (acción de nombrar) que se describe, esto es, un sentido determinado haciendo prevalecer entre muchos significados (polisemia) uno de ellos (no necesariamente el más

adecuado en el caso de que creamos que hay adecuación entre significados y lo que es nombrado). Resignificar puede entenderse como el movimiento contrario de la catacrexis retórica, generadora del lugar común y del olvido de la vida de las palabras: es una de las fuerzas del *usus* o de aquella dimensión de la enunciación que llamamos *actio*. Entendida de esa manera, la acción de resignificar parece el movimiento contrario a ubicar la palabra en su historia, en su vida de palabra: resignificar sería olvidar. Y, por el contrario, siempre es conveniente hacer la historia de la confusión entre acto y función del "feminismo" en tanto palabra, siguiendo nuestro ejemplo analítico. No será entonces su capacidad descriptiva, acertada, adecuada o pertinente la que nos interese sino las conmociones ligadas a su uso, el régimen estético que se la apropia, quizás las intensidades deleuzianas que despierta en quien escucha. El procedimiento —acción de leer en clave feminista, como regreso de lo excluido— no ha sido inventado para cumplir el destino de una finalidad semántica, sino que ha sido vinculado a ella mediante cierta fuerza, la cual vuelve invisible su acción y sus efectos. Sólo una lectura histórica o genealógica muestra cómo algo se vuelve invisible o inaudible. Volvamos al ejemplo del "feminismo". Hoy la noción es prácticamente indefinible, no sólo a causa de una exagerada proliferación de su polisemia sino a causa del peso de los efectos prácticos —intimidación, puesta en entredicho, asombro, etc.— que produce en el orden del saber y fuera de él, por sobre consideraciones estrictamente semánticas o de definición. Este es justo el momento para dedicarse, no al abandono, sino a la formulación de un acercamiento genealógico a la misma. La genealogía es histórica pero no se agota en la cronología; no trata a las palabras, a los sustantivos como "feminismo" al menos, como cosa abstracta, artefacto de anticuario en manos del discurrir inexorable y sin concesiones del tiempo. No se priva, sin embargo, del placer de tratar a las palabras como positividad, esto es como cosa, antes que como idea o generalidad. Le interesan las palabras en su acción, en su proceder, que siempre se había considerado secundario, irrelevante o al menos derivado: a la genealogía le importa el trabajo de las palabras sobre los hablantes presentes y futuros, según Austin indicó en *Cómo hacer cosas con palabras*. La genealogía, a su vez, trabaja sobre las palabras que al trabajar sobre los hablantes y su circunstancia los describen, los insertan, los inscriben ideológica, social y culturalmente, sexual y políticamente; se trata precisamente de un trabajo de genealogista para descubrir qué, quién y cómo forjaron las palabras para describirnos a nosotros mismos y así sentar las bases de la interpelación o de la resistencia.

¿Cómo se forja una palabra? ¿Cómo se pone en circulación? ¿Cuál es esa economía de intercambio y apropiación de la palabra que se nos escamotea? ¿Quién es el prestidigitador que logra esto último? ¿cuál el juego de espejos comprometido? La cuestión que las interrogantes destacan es el cómo de esta economía de la descripción. Se trata desde luego de procedimientos, de operaciones realizadas por agentes hablantes tanto más anónimos cuanto más eficaces son. Diríamos que la genealogía descubre máquinas de discurso para las cuales los hablantes mismos son el resultado y no los operadores anteriores y exteriores del sentido.

En el penúltimo párrafo introdujimos la noción de resistencia. Esta es solidaria de la noción de crítica y ambas lo son de la práctica genealógica. El examen genealógico puede dar cuenta del pasado de una palabra; la crítica aspira a pasar a la acción. Los dos son recursos estratégicos imprescindibles para los ejercicios de resistencia ante la eficacia de las máquinas discursivas que dotan de sentido a nuestras experiencias, que constituyen aquello de lo que dicen ser prolongación o simple reproducción, como el género, la etnia, la diferencia de las clases, las jerarquías, las asimetrías; en fin, las exclusiones que capitalizan las diferencias afiliándolas a un régimen supuestamente natural y ahistórico de dominación. Y la capitalización, como sabemos, produce siempre excesos. Son los excesos aquello que las prácticas en resistencia evitan y tienen por función desarmar. La resistencia en el mundo de las palabras y los discursos toma la figura de la crítica feminista que transforma, en primerísima instancia, el sentido de la noción de crítica, luego el del feminismo, en cuyo nombre opera la anterior, y después el de política, que, a su manera, subvierte los anteriores.

En esta perspectiva, las palabras de un vocabulario para el debate político en clave feminista son el enclave resistente y a la vez la ocasión donde se entabla el conflicto de interpretaciones y donde las artes genealógicas y críticas rinden sus mejores frutos que toman la forma de problematizaciones. Una problematización pone en relación descripciones con las relaciones de poder que las trabajan y las formas de subjetividad que son su efecto; no debe confundirse con el término de problema, cuya función sería ir en busca de solución o de clarificación. La anterior expresión "feminista" en aquel contexto es un ejemplo preciso de cómo su polisemia ha sido redescrita, mediante una problematización de carácter crítico, como un conflicto de interpretación. Todo conflicto demanda una política, una política de la interpretación y una responsabilidad con el porvenir. Esta responsabilidad es para con las generaciones y el mundo futuros, a los cuales no se quiere cancelar la posibilidad de

redescripción del feminismo a su manera. Palabra molesta —incluso o sobre todo para las mujeres— cuya fuerza crítica aún habrá de ser explotada hasta sus últimas consecuencias. Para el conflicto interpretativo no precisamos de una policía que regule y administre el uso y el abuso del sentido, sino del oficio del debate público, plural y argumentado, en el cual se da su lugar a la intensidad de la discusión y al libre intercambio de las pasiones. Siendo la libertad la clave del intercambio de razones, es esperable que se realice, no tanto con la finalidad de llegar a un acuerdo o consenso, sino más bien de dar curso a la pluralidad, que no a la asimetría. Llamamos política al ejercicio del debate porque organiza campañas de intervención contra la maquinaria discursiva mediática, académica o disciplinaria, contra sus apropiaciones del sentido y sus efectos de exclusión y clausura institucional. Y esta particular política es estratégica: no se opone al poder, sino que hace aparecer otras intensidades, otras conmociones, otras solidaridades. Ellas tres le pertenecen por derecho propio al debate y a las comunidades que lo sostienen y lo hacen posible ante la apropiación de los escenarios del discurso, sus órdenes, sus formas de transmisión e intercambio y las jerarquías de las que se hacen acompañar: el sabio y su comunidad.

¿Qué se problematiza o de qué tipo de problematizaciones hablamos cuando nos referimos a la noción de "feminismo"? Problematizar es poner en relación lo diferente: la etimología con la filología de la palabra, la cronología de sus usos y abusos con su contraria, la genealogía que muestra su relación con las prácticas de subordinación de las mujeres y sus resistencias; que relaciona también el significado crítico con la historia subordinada del significante y de esa manera pone a prueba la crítica, la historia y el debate a través de sus efectos políticos sobre la experiencia. Es también, como escribió Benjamin, un modo de pasarle el cepillo a contrapelo a la historia (oficial) evidenciando que las finalidades (progreso moral) no revelan las alturas del espíritu humano, sino el trabajo de resistencia de las generaciones de mujeres a través del dolor y la humillación de la ausencia de nombre propio para sus luchas ●

Bibliografía

- Austin, J. L., 1990, *Cómo hacer cosas con palabras*, Paidós, Barcelona.
 Nietzsche, Friedrich, 2000, *La genealogía de la moral*, EDAF, Madrid.
 Butler, Judith, 2006, *Deshacer el género*, Paidós, Barcelona.
 Richard, Nelly, 2007, *Fracturas de la memoria. Arte y pensamiento crítico*, Siglo XXI, Buenos Aires.